

## Las obras y proyectos de Miralles-Tagliabue, o un doble homenaje a Enric Miralles

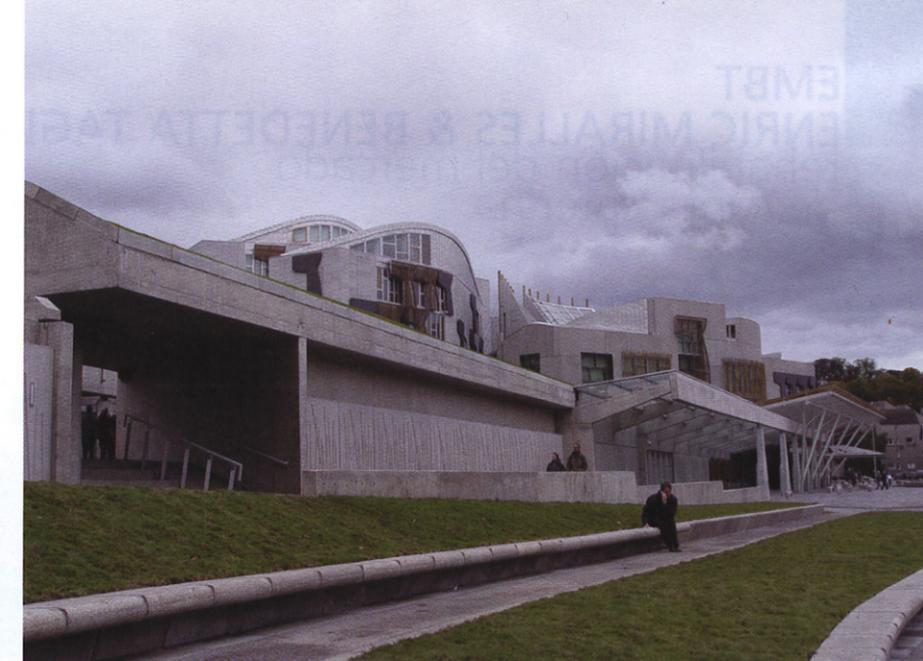
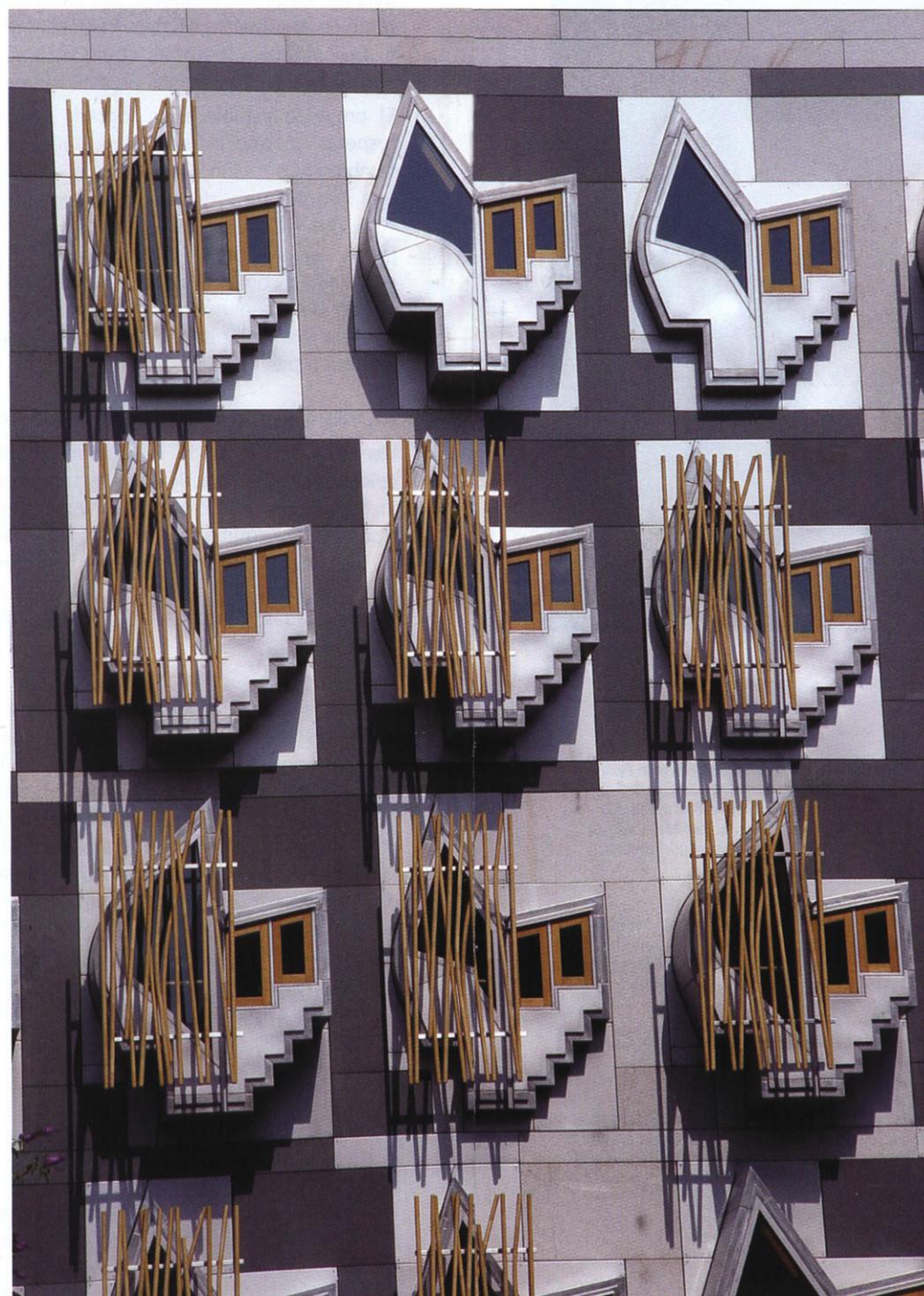
ANTÓN CAPITEL

La arquitectura de Enric Miralles ha sido, y es todavía, uno de los soplos más frescos y atra-yentes del viento de las nuevas vanguardias en nuestro país, y el reconocidísimo prestigio nacional e internacional que con ella alcanzó ha testimoniado su fuerza. Una fuerza que es, a mi entender, muy superior al interés que despiertan muchas de las otras neovanguardias que nos solicitan de continuo, pues en la feliz realización de sus trabajos –todavía hoy recientemente acabados o aún en marcha– se ha ido demostrando que las ideas que desarrolló no podían confundirse con la promesa caligráfica y conceptual a que tantos otros parecen, casi, limitarse.

Pues la obra de Miralles no necesitó rendir un culto abusivo a cosas como la levedad o la ligereza, uno de los tópicos neomodernos bien conocidos; o no lo hizo, al menos, más allá de la ilusión gravitatoria presente en tantas arquitecturas modernas y de todos los tiempos. Tampoco se especializó en el cultivo privilegiado de las llamadas pieles, o superficies en general; ni se detuvo desordenadamente en la caligrafía, arquitectónica o puramente gráfica; ni tampoco en el uso obsesionado de las metáforas, ni en otros de los abusos tan habituales ahora.

Rey de la originalidad y de una cierta libertad formal, campeón de lo insólito, fue capaz de destruir cualquiera que fueran las convenciones, y sería así justo acordar que en este camino no fue a la zaga de nadie. Pero lo que querría apuntar, en definitiva, es que Enric fue capaz de revolucionar la arquitectura sin renunciar a tantas cosas que la actividad del proyecto moderno llevaba consigo. Esto es, sin renunciar por ejemplo a la construcción –y a la estructura resistente en particular– como medio fundamental de la forma y del espacio, entendiendo por este término aquella carta de naturaleza específica que fue tan cara a los modernos. Podríamos decir, por ello, que Enric Miralles fue, en buena medida, un importante renovador, pero también un encendido continuador de la línea orgánica.

¿Prosiguen muchos en ese camino? Tal parece que ésta sea, una de las claves de la actualidad, pero considero pertinente, en su caso, contemplar su trabajo frente al de Frank O. Gehry y al de Zaha Hadid. Enric compartía con ellos bastante de lo ya apuntado: el cultivo de lo insólito, el derribo de las convenciones, la búsqueda de la libertad formal; y, consecuentemente, la investigación plástica y espacial en sentidos en alguna medida comunes o próximos. Pero Gehry, por ejemplo –el mejor Gehry de los últimos tiempos, que es, a mi parecer, el de Bilbao– bebía en las fuentes históricas del expresionismo, y concretamente en la obra de Hans Scharoun, y no tanto, o no sólo, en las del organicismo exacerbado derivado de Wright, pues superó a éstas por completo mediante una plástica libérrima que debía olvidar toda relación entre forma y estructura y dejar a ésta como mero e invisible auxiliar de sus fines. Miralles, en cambio –que admiraba a Gehry, y, concretamente, el museo bilbaíno– utilizaba la estructura como un franco y dúctil instrumento para conseguir sus intenciones, plásticas, espaciales, y



otras diversas, pero sin que ésta dejara de estar por completo presente, indisolublemente unida a la forma. Parece que, como barcelonés, participaba del contagio de Gaudí: la más insólita configuración, pero sin que la construcción y la estructura, aún siendo medios, perdieran un protagonismo cedido en último extremo al resultado completo que tienen como fin.

Gehry o Hadid no quieren engañarnos, desde luego; persiguen la arquitectura como obra de arte y a esa apuesta arriesgan todo. Gehry con más variedad, Hadid con más reiteración. Ambos son así *formalistas*, entendiendo ahora este término en el sentido más profundo y no banal: conceden a la forma un valor de contenido, y es así el mayor o menor acierto en su apuesta plástica el que dota finalmente a cada caso de su propia calidad y distinta condición. El que lo vuelve, o no, vacío.

Por ello –y sin entrar en una comparación de valor, sino sólo de naturaleza– creo que Miralles era un arquitecto más completo, menos esquemático, al fin; y, en este sentido, más prudente, y –aunque sea paradójico– incluso con algo de tradicional. Su talento de constructor, su pericia de dibujante, y su inmensa habilidad artesana conducían la poderosa fuerza de sus arriesgadas interpretaciones e invenciones más allá de la simple figuratividad, habiendo llevado a la vieja disciplina por caminos insólitos sin que ésta perdiera, en tan difícil viaje, la complejidad de todas sus características.

Miralles, como Gaudí, era un arquitecto tan original y plásticamente extremo, de un lado, como centrado, en realidad, y de otro; pues no abandonaba ninguno de aquellos diversos contenidos y cualidades que hacen buena y completa a la arquitectura. En este sentido estaba muy dentro de la tradición catalana y española. Pues aunque pueda decirse que formalmente estaba más cerca de un cierto Hans Scharoun –incluso con su *violencia*–, en lo que hace a la condición centrada y completa a la que hemos aludido se acercaba también a Aalto. No se me ocurren más justos y explicativos elogios que todos estos grandes nombres para cerrar aquí mi homenaje tardío a Enric Miralles.

El segundo homenaje que presentamos es el principal para ARQUITECTURA, pues se trata de la publicación de un conjunto de obras y proyectos del estudio EMBT, en el que Benedetta Tagliabue nos muestra su habilidad para llevar adelante la realización de los proyectos hechos con su marido después de la trágica desaparición de éste, así como para continuar trabajando en una línea semejante.

Es ocasión de recordar que el Parlamento de Escocia, cuyas fotografías acompañan estas páginas, ha recibido recientemente el Premio James Stirling que concede el R.I.B.A.